

Lecturas

Jonás en el vientre de la ballena

En Carlos Fuentes el pensador devora al escritor

EDUARDO SAN JOSÉ

Ha sido un escritor de tantos talentos y sorpresa tan constante, que la última que nos dio Carlos Fuentes al morir es recordarnos que tenía ochenta y tres años, aunque lo supiéramos. El coraje de reinventarse, de cambiar de piel conservando el nervio del boom hispanoamericano, resultó en una voz de permanente actualidad: nuevo, más que novedoso; moderno, antes que a la moda. Pocos como Fuentes habrán sido hasta el último de sus días hombres de su tiempo, de cada uno de sus tiempos.

Por eso puede llamar la atención que la noticia inesperada de su muerte haya concitado una respuesta en general tan monótona y sabida: el incienso oficial de los resposos que parecen preparados hace tiempo. Casi nada que se saliera de los elogios fúnebres o las casillas del manual, que recuerde que fue posiblemente el escritor de mayor intuición narrativa de su generación. Demasiados testimonios, para mi gusto, dispuestos a recordarlo como intelectual, creador de pensamiento, personalidad. Como pasa ya con su maestro Octavio Paz, el pensador que también fue devora al escritor; Jonás, en la ballena de la cultura con mayúscula: el poder anulando la fuerza.

Coincide ahora la edición en España de una novela del escritor a quien más curiosidad daría pedirle un obituario del mexicano; me refiero al argentino César Aira, y *El congreso de literatura*, que estos días podemos leer: su autoficción como científico loco que habría conseguido una fórmula para clonar a Carlos Fuentes y crear así una raza de intelectuales que dominaría el mundo. Fuentes, pensador: éste es el nudo de su soledad ante los lectores; el ojo de cerradura por el que se nos hace ingresar a su obra en lugar de las puertas del paraíso de la ficción.



La gran novela latinoamericana

CARLOS FUENTES

Alfaguara, 2011
448 páginas

Es verdad que a veces sus obras traslucen las costuras teóricas; lo suponemos entonces escribiendo desde un tema y no desde una historia (más en los cuentos, curiosamente). Puede que sobre todo en los últimos años publicara demasiado, incluso que haya sido víctima de su exceso de talento. Como Paz, ha sido de los raros casos en que la genialidad y la facilidad para el concepto y la frase no excluyen el rigor. Esto lo convirtió en un triunfador evidente, el Victor Hugo de las letras hispanoamericanas, caso comparable sólo al de Vargas Llosa. Hasta Gabo se habría retirado a la zona sagrada del mito literario para cederles el terreno del intelectual total.

La hegemonía de Fuentes, en combates ganados casi siempre, si lo comparáramos con Rulfo, a los puntos (esa sucesión apabullante de obras magnas: *La región más transparente*, *La muerte de Artemio Cruz*, *Cambio de piel*, *Terra Nostra*, *Gringo viejo*, pero también alguna vez por KO (*Aura*, *Cristóbal Nonato*), se extendió al ensayo. *Valiente mundo nuevo*, *El espejo enterrado* o *Geografía de la novela* descubrían con igual persuasión realidades que así pueden ser narradas como explicadas. De ellos, me quedo con el más reciente, *La gran novela latinoamericana* (2011), porque en él descubre el regreso desacomplejado de la narración a la novela en español, tras varios purgatorios, y sin las ingenuidades o abusos de la vieja novela total, en autores como Juan Villoro, Ángeles Mastretta o Jorge Volpi. Nombres que, sin decirlo él, han venido a demostrar la validez del patrón de escritura de Fuentes. En el lecho de muerte no dejamos de imaginarlo como su Artemio Cruz, a salvo quizá de sus maldiciones y blasfemias, pero no de su lucidez. Como él, sólo podría verse inasequible al autorretrato, escindido entre el narrador y el pensador. Pero esa misma parodia que Aira hace de Fuentes como intelectual omnímodo, sin

sombras en su sistema, no puede contradecir ni opacar su misterio creador. Primero, porque nadie como él ha sido cronista del México contemporáneo, el de la revolución traicionada y las trampas tendidas a sí mismo (violencia, demagogia, corrupción, subdesarrollismo mental). El pasado año moría el otro gran testigo literario de esa realidad descomunal, Carlos Monsiváis, cronista de la pequeña historia, gran escritor de tonos menores, exacto correlato: ambos, telescopio y microscopio de un desafuero con nombre de país.

Y segundo, porque la crónica de Fuentes está hecha, como debe, de tiempo: caducidad, autoironía, apertura. Por ejemplo, comprendió, sin la pose de otros, el fenómeno y la raíz del neozapatismo chiapaneco. También la nueva narcoviolencia, esbozada ya en la distopía futurista de *Cristóbal Nonato* (1987). Le faltó entonces la perspectiva para narrar una realidad que excedía sus esquemas. No en vano, su obra ilustra un concepto trágico de la nación; trágico en su acepción clásica, como lucha no de buenos y malos, sino de lo insoluble, que se consume en su propia agonía de extremos: "conflictos de valores, no de virtudes" (*Por un progreso incluyente*, 1997, p.118). Así, en su ensayo *La nueva novela hispanoamericana* (1969) reemplazaba la disyuntiva romántica de "civilización y barbarie" por "imaginación y barbarie". Pero acaso porque la actual sangría de México impone ya una abierta lucha contra el mal, a Fuentes, a Monsiváis, no les dio tiempo de registrar la tragedia del momento. La nueva encrucijada mexicana desaconseja el hipnótico fatalismo de explicaciones suyas, como el sustrato de los mitos prehispánicos y criollos, donde el culto a la muerte, desde el *tzompantli* o el Chac Mool al Barroco colonial, sobrevuela en círculos la nación moderna.

En todo caso, la larga explicación de Fuentes (sus ensayos, su parábola) pasa; quedan las historias. Éstos han sido días de releerlo y comprobar su auténtica sustancia narrativa. En la penúltima lectura del escritor, la que adjetiva toda posteridad, el intelectual debería dejar paso al definitivo narrador de raza que fue. Al hecho de que hiciera comprender que la realidad hispanoamericana se explica mejor narrada. A eso da paso ahora su muerte. A esa persistente incógnita de la realidad mexicana de la narcoviolencia que quizá ya ha sido explicada, pero que nadie ha podido narrar aún como para que se entienda.

LA BRÚJULA

EUGENIO FUENTES

Robar en American Apparel

TAO LIN

Traducción de Julio Fuentes Tarín
Alpha Decay. 104 páginas. 14 euros

¿Sirve moverse para algo más que para quedarse quieto?

Decir Tao Lin (Nueva York, 1983) es convocar la controversia apasionada, al menos desde que en 2011 se publicó en España Richard Yates. Novela de la insatisfacción juvenil, de la soledad, el desamor y la tecnología en la que boqueamos cada hora, Richard Yates, trufada de *e-mails*, sms y conversaciones de chat, en-

tusiasmo con la misma fuerza con la que fue rechazada. Está claro que el joven escritor de origen taiwanés no deja indiferente.

Un año después llega a las librerías este *Robar en American Apparel*, novela corta, de unas cien páginas, publicada en inglés un año antes que Richard Yates y que está llamada a sembrar



más polémica. En esta ocasión, Tao Lin pasea la soledad y la frustración por medio EEUU.

Sobre cómo la dificultad para hacerse un hueco en un mundo saturado de vacío no se despeja ni moviéndose ni quedándose quieto.

Dickens enamorado. Un ensayo biográfico

AMELIA PÉREZ DE VILLAR

Fórcola
192 páginas. 19,50 euros

Conocer a Dickens por sus vaivenes sentimentales

De entre las numerosas formas ideadas para conmemorar el bicentenario del nacimiento de Dickens, la que ha escogido Amelia Pérez de Villar es, sin duda, una de las más originales.

Dickens enamorado se nutre de un epistolario amoroso de juventud del autor de *Historia de dos ciudades* que nunca había sido tradu-

cido al castellano y que ahora se recupera a partir de una edición estadounidense de 1908. Gracias a una lectura atenta de la correspondencia entre Dickens y Maria Beadnell, Pérez de Villar logra adentrarse en aspectos de la personalidad y la obra del gran maestro inglés en los que no es habitual reparar. Más allá de esas epis-



tolas, la autora indaga en otro episodio amoroso poco conocido de Dickens: la relación que, tras divorciarse de Catherine Hogarth, mantiene desde los 45 años con la actriz Nelly Ternan, de 18, que les unirá hasta la muerte del escritor.